

COLECCIÓN HISPANIOLA, 10
IMPRESIONES PROVINCIALES

Portada: Adaptación de acuarela de un autor ruso desconocido.

© de los textos, José Jiménez Lozano

© Editorial Confluencias, 2015

www.editorialconfluencias.com

Diseño y maquetación: Rodrigo Sepúlveda

Corrección ortotipográfica: Pedro Martín Giráldez

Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-944413-4-9

Depósito Legal: AL 1028-2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

I M P R E S I O N E S
P R O V I N C I A L E S

Cuadernos

2010 - 2014



CONFLUENCIAS
EDITORIAL



ÍNDICE

AÑO 2010	15
AÑO 2011	37
AÑO 2012	65
AÑO 2013	117
AÑO 2014	147

ESTE NUEVO CUADERNO DE NOTAS

El 23 de enero de 1656 publicaba *monsieur* Blaise Pascal, bajo el seudónimo de Louis de Montalte, su primera carta de las que luego se llamarían *Cartas provinciales* dirigidas a un supuesto amigo suyo, que vivía en la provincia, sobre un asunto que se disputaba en la Sorbona, y me he acordado súbitamente de todo esto para utilizarlo como epígrafe o tejadillo de un cuaderno más de apuntes o notas provincianas o provinciales de los que éstos son la séptima selección que cubre los años desde el 2010 hasta julio del 2014.

Como otras veces, he tenido que dejar fuera una buena parte de ellas, pero ojalá los lectores no se sientan menos acompañados o preocupados con las que aquí ofrezco.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

(Verano del 2015)

¿Qué quieren Vuestras Mercedes? Todo el mundo no es capaz de ocuparse de cosas tan importantes... Se puede llegar a la gloria por más de un camino.

Jean Racine, prefacio a la
Carta al autor de las Herejías Imaginarias

AÑO
2010

Las últimas palabras en medio del delirio de la agonía de Tolstoi —que por cierto este año hará los cien años que murió— fueron: «Basta ya de declaraciones». Unos días antes, cuando, presumiendo un poco de hereje, había preguntado a su hermana si le admitirían los monjes en el vecino monasterio de Optino de donde venía, en su huida de casa, ella le contestó que sí, pero que no le dejarían predicar, lo que más o menos era lo mismo que no dejarle hacer declaraciones, y por ahí le era imposible pasar al señor conde.

En realidad fue por lo que Tolstoi resultó especialmente admirado y mundialmente conocido: por su incesante predicación moral, y el tolstoísmo se convirtió en una especie de secta religiosa, cercana a la masonería y al socialismo humanitario, pero también a un cierto anarquismo, y un milenarismo y franciscanismo radical medieval, y sobre todo a muchísima palabrería sobre moral, y no tanto en amor a «las pobres gentes» como en odio a los constituidos en alguna clase de autoridad. Y Tolstoi, por inventar inconformismos, no sólo reescribió el evangelio, sino también fabricó una chocante astronomía. Parecía encantado de que se le interrogase sobre todo y hablaba apodícticamente sobre la totalidad de lo existente, insistiendo en que lo que él quería ser, en realidad, era un *mujik* y un *mujik* mendigo, además.

Pero parece que no lo logró nunca. A la hora de comer aparecían siempre los criados con calzón corto y bandejas de plata, y un buen número de discípulos y otros invitados.

Así se ponen de difíciles a veces nuestros más ardientes deseos. ¡Qué le vamos a hacer!

* * *

Cuando la banda Baader-Meinhof habló de que sería necesario llevar a cabo un asesinato masivo en un supermercado para que los buenos burgueses se concienciasen de la desgracia del campesinado del Vietnam, alguna parte de la judicatura alemana estimó que esto no constituía una amenaza y era puramente un desahogo lírico. Pero al poco tiempo ese acto bárbaro se llevó a cabo, y bastantes señores y señoras, entre lo más vistoso de la intelectualidad y la política alemanas y europeas de entonces, se lamentaron muchísimo, pero argumentando todavía con explicaciones políticas varias.

Son las nuevas y sorprendentes relaciones entre literatura, ideología salvífica y crimen o catástrofe. Y todo parece como una terrible broma de la historia que se riera de todas nuestras conquistas y nos enfrentara hasta con la posibilidad de nuestra voluntaria esclavitud.

* * *

Todavía debe de haber muchachos que jueguen a la peonza, porque he visto un par de éstas en el escaparate de una juguetería, y hacía tiempo que no las veía, casi tanto como no oigo el toque de campanas donde yo vivo. Las dos cosas me parecen realidades de infancia ya para siempre idas, pero a las que, en algunos ambientes de la *intelligentsia* política más de batalla, todavía se desprecian, como si se las tuviera miedo verdaderamente. Porque ¡quién sabe lo que puede resonar un tañido a muerto en un corazón humano! Y no se quieren experiencias de éstas que además nos hacen preguntas.

* * *

En *Memoria del miedo*, de Andrew Graham-Yooll, esta reflexión: «En un tiempo me había sorprendido de que algunos compañeros de escuela y muchachos con los que había ido a los mismos bailes hubiesen sido reclutados por partes iguales por la guerrilla y por las bandas de la derecha peronista».

No sé si aquí habría que recordar la afirmación de Mandelstam de que quienes en la niñez y la adolescencia habían ido a Belén tendrían ya siempre el don de la misericordia. O recordar el argumento de la novela de Ullman que nos muestra que los chicos salvados de la barbarie política por la educación clásica eran todos los de un curso menos uno. No lo sé, pero lo que no parece discutible es que toda instrucción y educación, sin el saber y, desde luego, sin el don de la misericordia, permiten que se ingrese en la barbarie muy tranquilamente, o hasta muy orgullosamente.

* * *

Harry Wu, en su libro *Vientos amargos*, cuenta la terrible vida diaria de los campos de concentración maoístas, y detalla, por ejemplo, escenas de revisionismo con sus atroces confesiones por parte del acusado, algunas de las cuales concluyen con una decapitación. Y se dice allí que se recogen los sesos del decapitado, se le envían a su padre y éste se los come.

¿Qué se puede decir ante algo así? Nada. Se da una paralización total de la lengua y la razón para poder hacer el mínimo comentario que pudiera enfrentarse a tal estatura de la irracionalidad.

* * *

«La gente duerme apaciblemente en su cama por la noche sólo porque hay hombres rudos dispuestos a ejercer la violencia por ella», dice Orwell. Pero no estamos nada agradecidos, sino al contrario. No reconocemos a esos nuestros cuidadores y salvadores de nuestras vidas, en medio de nuestro idilismo o russonianismo; esto es, nuestra hipocresía.

«Por tierra, mar y aire —escribe Kaplan acerca de esos vigilantes de nuestro descanso y de toda nuestra vida diaria—. Aquí se ve la dura vida monástica de la dotación de un submarino, historia ligada a la historia, el tipo humano de la clase trabajadora, pero bien instruida y no sólo en técnicas complicadas, sobre la que el ejército americano deposita su eficacia: los soldados rasos y las clases, no exactamente los oficiales.» Así es, y recuerda las levas de clérigos de otro tiempo hechas fundamentalmente entre el pueblo bajo, y el asunto tiene un gran calado.

«La burocracia fabrica ciertamente un tipo de hombre para el que la palabra *sacrificio* no tiene sentido alguno, ni en su imaginación entra la eventualidad de la guerra, y éste es un dato del que resulta una situación peligrosa, porque la mirada del mundo no sólo se hedoniza, sino que se sentimentaliza y romantiza», dice también Kaplan con toda razón. Pero no es solamente al burócrata al que le ocurre esto, sino en general a los que padecen la enseñanza o el discurso de los *media* y de los políticos a todos los niveles y en zonas sociales enteras, y especialmente entre los que el Komintern hace años denominó «intelectuales», y todo el mundo parece haber aceptado.

«Y no sólo es una cuestión moral, sino un asunto cultural. La civilización que crece ante nuestros ojos implica la anomia total y el desprecio de la autoridad intelectual y del pensamiento fuerte, que se encara con los grandes e insolubles problemas de la humanidad que miden la estatura intelectual y moral de ésta, y nos retrotrae a la simpleza intelectual simulada en una jerga incomprensible y necia.»

Pero aún hay otro aspecto que también evoca Kaplan de esos hombres que vigilan mientras dormimos, y es que son conscientes del desprecio que inspiran, por ejemplo, a la prensa en general y a la *intelligentsia*, y a las gentes con un cierto nivel cultural y una conciencia política. De manera que hay un momento en que uno de esos hombres que vigilan para que durmamos le dice a Kaplan que no le nombre en su libro porque le parece que eso estropearía todo el sentido moral de su actuación y su dedicación.

Y, efectivamente, esto es algo muy fino, porque es tal nuestro mundo que si algo espiritual se pone en en el candelero se arroja a la publicidad o simplemente se sabe, entonces se arruina y se convierte en ceniza. Por esto, quizá la modernidad, con sus prohibiciones de enunciación de lo que no se debe ni pensar y por lo que no se puede preguntar, contribuye a que la gran cultura, la belleza y la fineza y el espíritu de geometría permanezcan. ¡Quién sabe!

Quizá es el único modo de que continúen entre nosotros quienes han amado y aman todo eso, y no podrían respirar de otro modo que en esa clandestinidad.

* * *

Me acuerdo entonces de que no hace tanto leí en otro libro, *Un buen lugar para morir. Historias del Cáucaso*, la descripción de una situación paralela. «Desde hace un año —escribe el autor, Wojciech Jagielski— las condiciones mínimas y los jóvenes no estudian porque no sienten interés, los obreros no trabajan, los pequeños no van a la escuela porque no existe porque no hay electricidad, y los campesinos no siembran porque hay guerra. Todo lo que hasta ahora era importante ha dejado de tenerse en cuenta, ya nadie presta atención a las cosas que antes tenían valor, lo que solía ser normal aquí se ha convertido en excepción, y lo anormal es el pan nuestro de cada día. La gente se acomoda rápidamente a las condiciones anormales. El instinto de conservación funciona. Los que no consiguen adaptarse perecen. Una especie de selección natural, pero ¿realmente sobreviven los más fuertes? ¿Seremos capaces de volver a la normalidad sin aquellos que no consiguieron vivir en un mundo así?»

Es decir, se trata de un darwinismo cultural: todo el mundo de la cultura, de la religión, del gran arte no resiste la asfixia del ambiente de la modernidad y pasa a la clandestinidad o queda liquidado. Y entonces ¿qué mundo podríamos hacer sin aquellos que perecieron cuando

llegaron el reniego y el olvido del tiempo de los padres o de los treinta siglos de ser hombres que nos han precedido?

* * *

En el Reino Unido, un tribunal ordena que a un niño se le deje morir contra la voluntad de sus padres.

Lo que diría el Occidente civilizado y progresado si ese horror hubiese ocurrido por decisión de un chamán, y, desde luego, habría que preguntar a los padres, que deben de estar enloquecidos de dolor, lo que piensan acerca de lo que sentencian unos caballeros en nombre de abstractos políticos y jurídicos y de un Estado-Leviathan. Pero, aun así, no se encuentra fácilmente el nombre apropiado para calificar ese horror y el sistema que lo mantiene, ya al parecer irremediabilmente contagiado de Auschwitz y Kolymá. Y si la democracia no nos sirve para contener tal horror, ¿qué es y para qué sirve?

Pero hace muchos años que contestó San Agustín, preguntando esto tan sencillo: «¿Qué es, sin la justicia, un Estado, sino una cuadrilla de bandoleros?, porque ¿qué es una cuadrilla de bandidos sin sentido de la justicia, sino un Estado?».

* * *

Hacía ya algún tiempo que no pasábamos por el balneario de Las Salinas, que todavía guarda «el aroma del vaso» de los balnearios de los tiempos del doctor Freud, de Davos y de *La montaña mágica*, o de los balnearios que de niño he frecuentado con mi madre. El lugar ya estaba estropeado por la llamada capilla laica, con remate de cruz para más inri, y horrores por dentro; pero ahora es la pradera que está ante el edificio la que ha quedado estupidizada por esos artilugios del horror que siguen llamándose —no se sabe bien por qué— arte moderno, cuando ya está claro que deben llamarse «arte contemporáneo» o gran negocio. Pero, por si hubiera dudas acerca del rechazo de toda belleza y exaltación de la basura y los desechos,

entre algunas figuras de espantajo se encuentran aquí una especie de árboles metálicos con colgaduras de fregaderos, lavabos e inodoros. Todo un insulto a la inteligencia y al arte, incluido el arte moderno o de nuestro tiempo. Todo aquello —y algunos objetos del interior del balneario que son una pura disonancia sin sentido en aquel ámbito— parece concebido para insultar y humillar toda hermosura y, como diría John Carey, subrayar el genio de las gentes de talento frente a las pobres gentes que no pueden comprender tales cosas.

* * *

Leo en un ensayo sobre uno de nuestros ilustrados más bien ramplo la tranquila aserción de que estos señores inventaron la ética laica de la amistad, y con ello se quiere apuntar a las distintas reuniones de gentes para hablar de cuestiones intelectuales, lo que es un absurdo, y sería suficiente invocar a Sócrates y a sus amigos, las reuniones de Tusculum y las reuniones sabias de Raimundo Lulio, los diálogos renacentistas, la «Familia Charitatis» que unía a amigos de distintas nacionalidades y religiones desde el padre Sigüenza al impresor Plantino, y de donde partió la idea de la biblia plurilingüe que pagó Felipe II, por cierto. Y hubo docenas y docenas de ejemplos de reuniones sabias y mundanas, y en los siglos XVII y XVIII sobreabundaron; pero nadie pensó nunca en que ello fuera un invento de una ética nueva.

El triste hecho es que sobre cualquier cosa se puede decir o escribir cualquier cosa, con tal de que en lo dicho o escrito figure alguna palabra mágica como ahora lo es «laico», y ya está.

«Laico», por lo demás, es un concepto que nombra lo no eclesiástico, «el homo civilis» de Guillermo de Ockham, por ejemplo, que pasó ya en esa misma Edad Media a equivaler a «civil» o «civilizado», y sigue equivaliendo a ello, pese a que desde la Revolución francesa para acá pasa a significar indebidamente «antirreligioso», y se acerca al significado exacto de «laicismo» como vividura y talante contra la religión, cuyos exponentes más perfectos han sido el nacional-socialismo y el

socialismo real y sus millones de crímenes, porque como decía Trotsky sólo el Papa y los cuáqueros creían en la patraña de la dignidad humana.

En realidad, ese asunto de la «dignidad humana» como simple concepto ya ha quedado muy achuchado o diluido desde los tiempos de la *Oratio hominis* de Picco della Mirandola, y a fines del XIX y durante todo el XX prácticamente ha quedado liquidado.

* * *

En las primeras páginas de *Los que susurran* de Orlando Figes hay un excelente estudio de la construcción del «hombre socialista», comenzando por enviar a los niños a «la escuela moderna», una formulación gramatical que entre nosotros debiera tener resonancias trágicas, pero no las tiene. Se trata de la liquidación del «hombre burgués», cuyos componentes más odiados son la cultura y la religión; y esta liquidación está entre nosotros ya muy avanzada, hasta el punto de que revelar una cierta sólida cultura más o menos amplia y unas convicciones cristianas ya resulta ofensivo para la nueva clase moderna y redentora de anti-guallas, que decía el señor Mao. Y a esa clase o tribu de los modernos pertenecen gentes de todos los partidos e ideologías y el grueso de los alfabetizados absolutamente ignorantes, con una ignorancia general básica y orgullosa, y creyentes científicos en la superioridad animal sobre la depredadora especie humana.

La resistencia a esta verdadera «revolución cultural maoísta» es minoritaria, naturalmente, porque, esta vez, la oposición a todo eso exige un cierto grosor cultural y ningún colorante político.

* * *

Ha muerto Miguel Delibes, y son muchos años, juntos, de trabajo y amistad los que la muerte, de la que tanto hemos hablado, se lleva. Anotaré aquí únicamente un silencio cálido y oracional.

* * *